

# QUERCUS, El roble que quería ver el mar

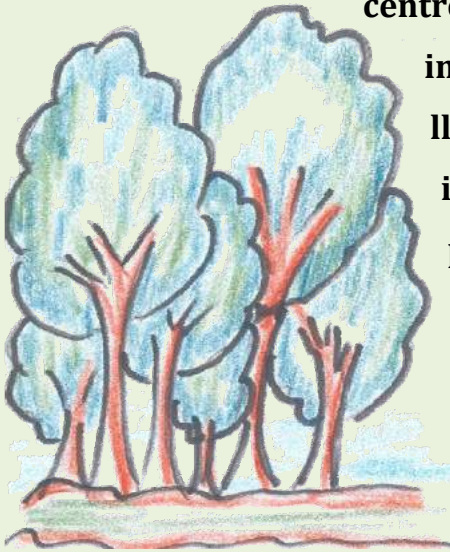
Texto e ilustraciones  
Mary Carmen Siles Parejo



Una publicación de  
Amigos de la Barca de Jábega  
[www.amigosjabega.org](http://www.amigosjabega.org)

**E**orrían los primeros años de la segunda mitad del siglo XVI.

Bajo el reinado de Felipe II los moriscos que se habían sublevado, habían sido expulsados de la zona de Andalucía y empujados hacia la zona centro y norte de la península. Algunos grupos de



insurrectos se refugiaron en un extenso bosque llamado “El Alcornocal” que, por su inaccesibilidad les proporcionaba un refugio perfecto.

En estos años, *Quercus*, nuestro protagonista, era todavía, un endeblucho arbolito incapaz de soportar, sin doblarse, las ráfagas de los vientos procedentes del Atlántico.

Aunque en este inmenso bosque existían muchas variedades de árboles, él no era de los más comunes. Los que más abundaban eran los alcornoques, que daban nombre al bosque, junto con quejigos, a los que también se les conocía como “roble andaluz”.

*Quercus* era un auténtico roble, un roble común.

Cada nueve años, en otoño, entre los meses de septiembre a noviembre, *Quercus* veía cómo los hombres desnudaban los troncos de los árboles vecinos, los desvestían de su corteza y el paisaje adquiría un color ocre, rojizo.



**Quercus no comprendía por qué a él no le hacían igual que a sus amigos.**

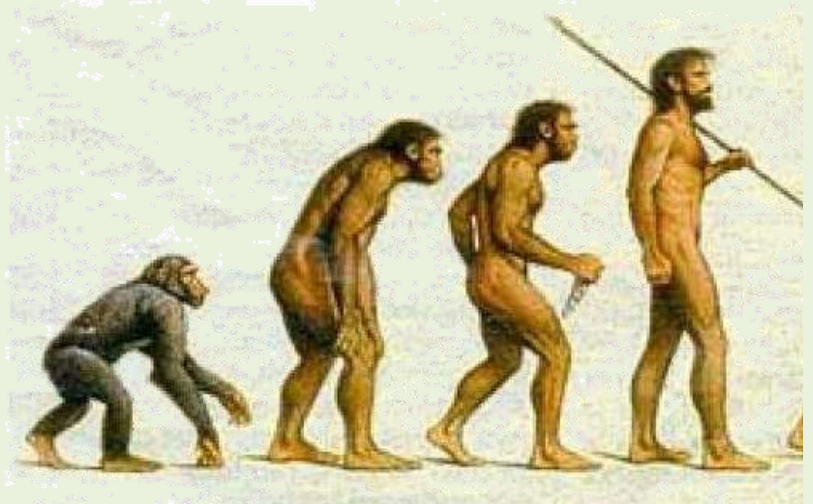
**Su contorno, sus ramas, su corteza,... seguían engordando y creciendo. Le tuvieron que pasar muchos años para comprender que él era diferente.**

**Mientras que su estructura iba cambiando, también fueron cambiando los pobladores de la zona. Unas veces, el bosque era refugio de bandoleros, contrabandistas y proscritos. En otras, eran familias y grupos que se ocultaban por ser contrarios a los regímenes políticos de la época y, por tanto, tenían que esconderse o morir.**



**En otras ocasiones la tranquilidad se veía interrumpida por disparos de cazadores que aprovechaban la riqueza cinegética del lugar. Abundaban los jabalíes, los corzos y los ciervos**

**Cada asentamiento daba lugar a la destrucción de muchos árboles amigos y a la muerte de muchos animales, que eran sacrificados, unos para hacer fuego y los otros para servir de alimento y vestido.**





Esto venía pasando desde mucho antes que naciera Quercus, porque está demostrado, por los restos que se encuentran en todo el entorno, que ya existieron pobladores humanos desde la época prehistórica.

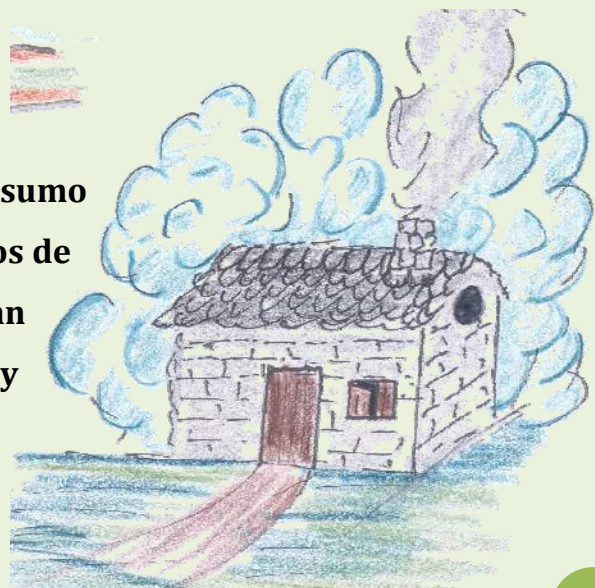
Cuando llegaba la noche, nuestro amigo pensaba: ¡Otro día en el que me he librado!

Durante los primeros años del siglo XX la población se hizo más estable. Construyeron cabañas de piedra para vivir, edificaron una iglesia e inauguraron una escuela. El poblado llegó a tener 200 habitantes y más de 150 cabañas.

Aunque reinaba cierta paz en el entorno, Quercus no era feliz.

Cuando el viento procedente del mar se colaba entre los árboles, acariciaba los numerosos riachuelos que recorrían la zona y llegaba a topar con su tronco y sus ramas, le envolvía un aroma que le embriagaba y le producía un intenso desasosiego. Conocía el olor de todas las flores, de todas las plantas y de todos los animales. Sabía, por el olfato, cuándo era la época de los apareamientos y de la floración; sabía cuando se acercaba el tiempo en que los hombres, provistos de hachas, despojaban de las cortezas a los alcornoques, pero no lograba identificar el aroma que tanto lo desconcertaba.

Los hombres realizaban la tarea de extraer la corteza con sumo cuidado para no dañar los tejidos vivos de los árboles. Luego, esas cortezas eran trasladadas para su transformación y el aprovechamiento del corcho.



Conocía muy bien y le gustaba, el olor que desprendía el horno comunitario situado en el centro del claro del bosque, donde los habitantes cocían el pan o asaban los animales que se habían dejado cazar, pero no sabía de dónde procedía el aroma que tanto le atraía.

En 1937, un intenso bombardeo acabó con aquel poblado que había practicado la agricultura, la ganadería, la caza, el contrabando, etc.

El paisaje apareció desolador ante los ojos de Quercus. Las cabañas, la escuela, la iglesia,... todo había quedado destruido y sus pobladores masacrados.



Quercus, aunque milagrosamente había quedado intacto y deseaba con todas sus fuerzas huir de allí, pero... ¿cómo?

Tuvieron que pasar bastantes años para que volviera actividad al poblado. Se empezaron a reconstruir algunas cabañas y el claro del bosque se empezó a llenar de voces y risas infantiles. Pero Quercus seguía sin ser feliz.

El poblado se dedicó a albergar a excursionistas que querían disfrutar de la belleza y la tranquilidad del bosque. El lugar ofrecía descanso y paz a las familias que ahora huían del estrés del mundo moderno, aunque fuera en unas efímeras vacaciones y también, ofrecía la posibilidad de estudiar las variedades de su flora y fauna.

Todo el entorno fue declarado Parque Natural Protegido.

La extracción del corcho seguía siendo la principal fuente de riqueza de los municipios que rodeaban al Parque y aunque la forma de extraerlo no podía cambiar, sí cambió la forma de transportarlo. Pasó de ser llevado con bestias a ser trasladado en grandes camiones hasta los lugares de manufacturación

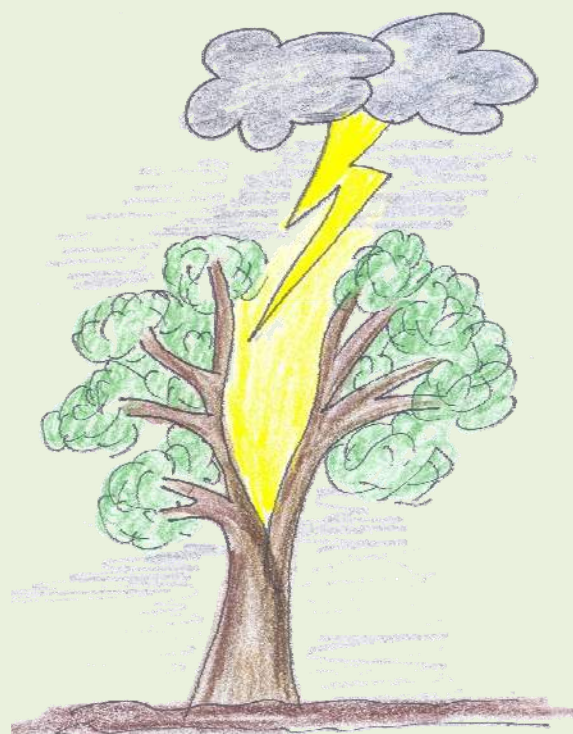
En todo el Parque llovía con frecuencia debido a la influencia de los vientos húmedos del Atlántico y a la exuberante vegetación, de hecho existía en el lugar un clima totalmente distinto al de otros lugares próximos.

Sin embargo, la tormenta que se desencadenó en el otoño de 1989 no tenía nada de usual. Las nubes ocultaron el sol avanzando a gran velocidad. Parecía que la noche había llegado repentinamente. Sólo iluminaban el cielo los impresionantes relámpagos. El firmamento se veía agrietado por la furia de los rayos y un ensordecedor estruendo provocado por los truenos y la fuerza de la lluvia, hacía que todos los animales del bosque huyeran asustados buscando donde refugiarse.

Quercus observaba el espectáculo que la madre naturaleza le estaba ofreciendo.

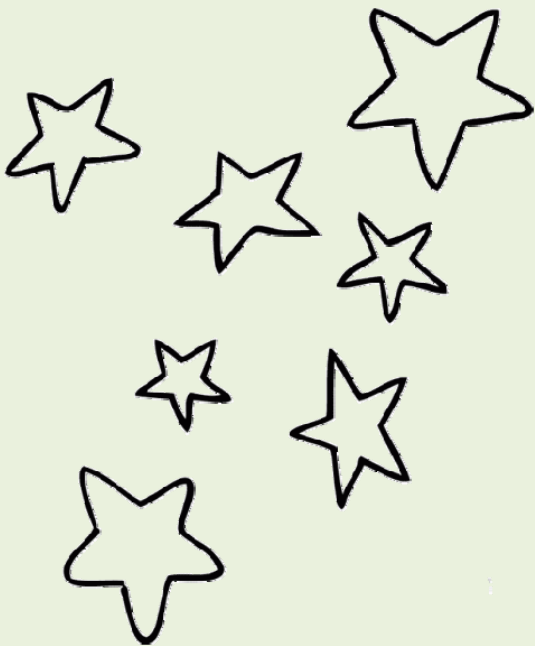
De pronto, un rayo con toda su intensidad impactó contra él.

Quercus quedó tendido sobre los helechos que cubrían el suelo, herido de muerte. Su sabia se iba derramando y sentía que su muerte era



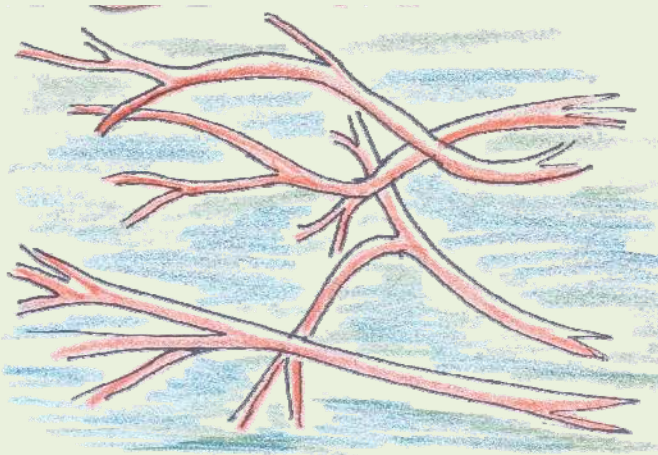
inminente. Sólo serviría para encender hogueras o pudrirse cubierto de musgo, hongos y parásitos de todo tipo.

En el momento que cesaron las lluvias continuó la labor de extraer el corcho de los alcornoques. Gracias a esa corteza que actúa de capa protectora contra el fuego, los rayos de aquella terrible tormenta no provocaron incendios en el bosque.



Las ramas de Quercus mirando al cielo, observaban por última vez, las estrellas y las constelaciones que tan claramente podían distinguirse. ¡Se iría sin descubrir de donde procedía el aroma que lo había obsesionado durante toda su vida!

A la mañana siguiente uno de los camiones que transportaba el corcho, no pudo completar su carga y el camionero decidió llevarse las ramas de aquel viejo roble que yacían en el suelo. Seguro que podría encontrar a algún leñero al que le interesaran para trocearlas y venderlas para las chimeneas y así calentar los hogares durante el invierno que se avecinaba. ¡Total, le cabían en el camión!



El vehículo emprendió la marcha hacia su destino. Las ramas de Quercus, cada vez más moribundas, sentían el traqueteo y los vaivenes. Recorrieron bastantes kilómetros.



De pronto... ¡Allí estaba! ¡Nuevamente aquel aroma! Y además... ¡cada vez más intenso! Cuanto más avanzaba el camión, más certeza tenía Quercus de que iba a descubrir la procedencia del olor y así resolver el enigma que le había inquietado toda su larga existencia. Esto proporcionó a las ramas del viejo roble la fuerza necesaria para mantenerse despiertas. ¡Merecía la pena ese último esfuerzo!

El vehículo paró.

Unos brazos fuertes descargaron los pesados troncos sobre una superficie arenosa junto a una inmensa superficie que no tenía final. Era azul, brillante y su movimiento producía un susurro parecido al de una nana y... ¡el aroma!



¡Era el mar! ¡Era el mar quién desprendía ese característico olor que nadie podía definir!



¡Ya nada importaba! ¡Ya podían secarse! ¡Ya las podían quemar! Habían vivido miles de aventuras y, al final, también habían podido ver el mar.

¡Quercus, por fin, se sentía feliz!

Aunque la historia no iba a quedar así.

El destino quiso que pasara por allí un viejo artesano que había dedicado toda su vida a la construcción de barcas de pesca en un pequeño astillero familiar. Observó con atención los troncos. Sus



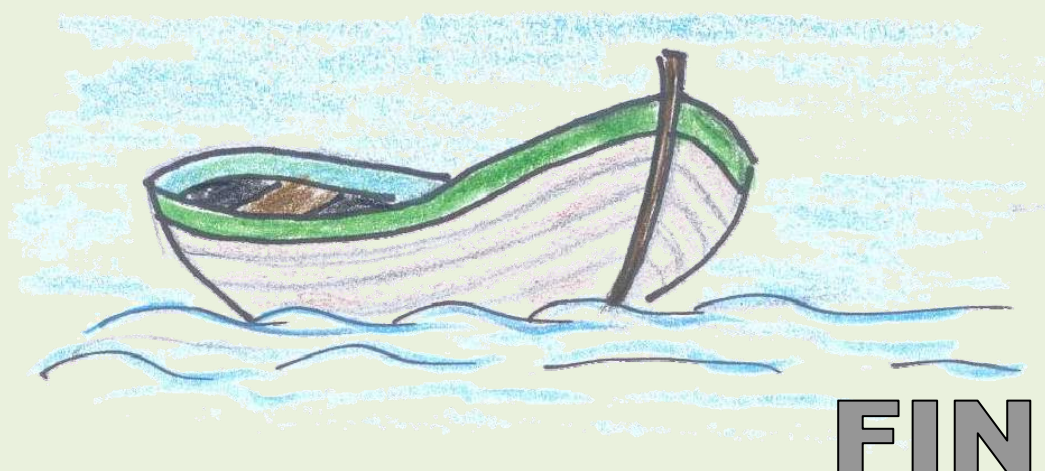
expertos ojos, aunque cansados, vieron la calidad de las ramas de Quercus. Eran ramas de madera dura y con una buena resistencia mecánica, de buen comportamiento frente a la humedad y la acción del agua del mar; con buena resistencia al ataque de hongos, insectos y moluscos y, además, la curvatura que presentaban era la adecuada para sacar el máximo provecho de resistencia y elasticidad.

Eran las ramas de un auténtico roble.

Pagó por ellas al camionero y se dispuso a recobrar la fuerza de sus músculos entumecidos por la edad. Tenía ante él el reto de construir una barquita con la que poder salir a pescar en los días de mar tranquila.

Encendió su pipa y sonrió. Iba a cumplir un sueño y tenía una muy buena razón para no sentirse cansado.

Quercus no sólo vio el mar, sino que vivió muchos años más meciéndose sobre sus aguas y respirando su perfume.



**Mary Carmen Siles Parejo**

Maestra y socia de Amigos de la Barca de Jábega

Málaga. Febrero de 2011

Maquetado por F.F.



Una publicación de  
Amigos de la Barca de Jábega  
[www.amigosjabega.org](http://www.amigosjabega.org)

Se autoriza el uso y difusión de este trabajo, citando procedencia y autoría.  
En trámite la inscripción en el  
Registro Territorial de la Propiedad Intelectual de Andalucía